

LAS REVUELTAS, LA MONJA Y EL INFORTUNIO

Elizabeth Cañas Rodríguez

Periodista de la Universidad de Antioquia.

Un trapo rojo de dulceabrigo como de un cuarto de metro fue sacado de un libro por las manos largas del hombre, que mide más de 1,80 de estatura y que acostumbra usar esa tela para limpiar siempre donde se sienta; incluso la silla que ocupa como rector de las Escuelas Anexas del corregimiento de Labores.

Esa costumbre, heredada de su abuela Inés, le hizo sospechoso de la muerte de “Sorprendida”, ocurrida el martes 14 de noviembre de 1981, cuando varios encapuchados prendieron fuego a un carro que pasaba por el frente de la Universidad de Antioquia, en protesta por la visita a Colombia de Georges Bush— entonces vicepresidente de Estados Unidos—, y como parte de los actos preparatorios al paro cívico nacional programado para una semana después en Colombia.

El paño rojo y su camiseta blanca puesta al revés ese día, pese a su manía por el orden, así como unos papeles cogidos de las cafeterías con mensajes de protesta y que había rayado porque tenía la costumbre de hacerlo con todo papel que llegaba a sus manos a modo de uso nemotécnico, se convirtieron en las evidencias para que Óscar Patiño Jiménez pasara siete meses en la cárcel y estuviera incluido entre los ocho estudiantes de la Alma Máter involucrados en los sucesos, según la justicia penal militar.

“El trapo, decían los soldados, me servía para cubrirme la cara; las hojas rayadas me involucraron como el que armaba las bombas, y de la camiseta que usaba por mi condición de atleta y juez en esta disciplina, argumentaron que me la puse desesperadamente al revés”. Para calificarlo como sospechoso, también tuvieron en cuenta su pelo largo y oscuro, el mismo que alguna vez le sirvió para hacer de Jesucristo en procesiones en vivo en Amagá y que al mismo tiempo de asemejarle a la figura sacra, le daba en la Universidad ese aire de estudiante revoltoso, inquieto y activista pero no militante, y menos aun metido en asuntos bélicos.

“Era un gancho ciego. El Ejército se tomó la Universidad a fuego y la gente que se logró volar, lo hizo, pero a muchos nos cogieron al azar para mostrar algo. Yo, que era estudiante de Veterinaria y Zootecnia, estaba en un laboratorio de Ecología en uno de los primeros bloques y cuando salimos a ver los disparos y a la gente gritando por los pasillos, también vimos a soldados vestidos de caqui, corriendo detrás, ascendiendo para bajar a los que estábamos en los miradores. Nosotros nos escondimos en los laboratorios, pero el Ejército busco hasta detrás

de los archivos. Nos sacaron del laboratorio, igual que a otros, porque allanaron salón por salón”.

Así también lo cuenta Sara López, quien prestaba servicios al Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Humanas:

“Yo era la secretaria supernumeraria. Eso fue a la hora del almuerzo y nos dimos cuenta de que había un suceso con los encapuchados. Con la trifulca nos encerramos en las oficinas y llegaron los soldados, tocaron la puerta y se dieron cuenta de que yo estaba ahí porque se cayeron unos libros de los archivadores donde me escondí. Los soldados hicieron salir también al Consejo Académico de la Facultad, que estaba reunido”.

Frente a la Calle Barranquilla y formados en varias filas se sumaron empleados, estudiantes, profesores y todos los que ese día estaban en ciudad universitaria. Los soldados con cascos blancos marcados con la sigla PM empezaron a revisarlos uno a uno y separaron a más de un centenar de personas que al pasar el mediodía fueron enviadas a las instalaciones de la Cuarta Brigada.

Óscar evoca ese momento con su voz pausada y melancólica, mientras pasa de una olla a otra un poco de aguapanela para hacer un tinto en su casa, a solo unos minutos de la escuela, y a donde nos tuvimos que desplazar porque no había cómo conversar con tranquilidad en medio del revuelo que demanda atender la rectoría.

En la cocina de la humilde vivienda, algunas ollas brillantes cuelgan de la pared y otras están en el mesón, donde en un fogón sencillo hierve el aguapanela. Sentados en una mesa rectangular, rústica, cubierta con un mantel de arabescos rojos, relata cómo se vio involucrado en un lío tan difícil sin ser culpable y por el cual otros ocho muchachos más, entre ellos una mujer, todos estudiantes de la UdeA, resultaron implicados.

“Cuando íbamos en el furgón nos llevaban a la Cuarta Brigada, y a pesar de los golpes que recibimos durante el viaje, yo estaba un poco tranquilo porque sabía que no había hecho nada malo. Llegamos a un taller donde había motores de carros desarmados, piezas de los vehículos del Ejército, hierro y aceite. Nos tiraron en el piso del lugar, y de este modo quedamos impregnados de aceite. Luego nos esposaron, colgándonos del techo. Los pies apenas sí tocaban el piso. Mientras estábamos guindados, los soldados pasaban pegándonos con tablas y con las culatas de las armas”.

Los ojos aguados, le obligan a inclinarse y bajar la cabeza un poco. Óscar contiene el aliento y reinicia para recordar cómo esa noche, cerca de las nueve, comprueba que un soldado que se le acerca es un conocido de su casa, y por fortuna se ofrece

a avisarle a la familia. Al día siguiente se apareció con una muda de ropa limpia. “Yo vuelvo a salir al mediodía, eché esa ropa sucia aquí yo me la llevo”, me dijo.

Más tarde, en ese segundo día, me quitaron esa ropa limpia, e hicieron la prueba del guantelete, proceso que detecta los restos de pólvora o explosivos. Para el Ejército, tanto la ropa como nosotros éramos positivos: supuestamente todos habíamos manejado explosivos, disparado, y estábamos impregnados.

Para los soldados, y quizás por su “pinta”, era Óscar el líder, el jefe de todos.

“Poco hablábamos, porque ninguno nos conocíamos y nunca nos enteramos de qué era lo que pasaba”. Tampoco estaban al tanto de la escalada terrorista que en las últimas 24 horas había ocurrido en la ciudad, donde según los periódicos de la época, fueron por lo menos diez los atentados. “Los soldados que nos vigilaban empezaron a decir que en los disturbios de la Universidad se había quemado una persona y que había sido un acto vandálico de mucho descaro, porque se trataba de una de las monjas que era lisiada.

“Ella no tenía ningún problema físico, era muy linda y entregada a su vocación, a la gente, porque tenía ese don para ello”, dijo María Altagracia Orrego Suescún, una habitante del Barrio Pedregal y vecina de doña Ana, que vivía en la casa contigua y que era la tía de Sor Carmen Cañaveral López, religiosa de la comunidad de las Siervas de la Madre de Dios.

La monja, de 41 años, había llegado el sábado anterior a Medellín para cuidar de su tía enferma. Convino con un primo suyo, también sacerdote, para que la acompañara al centro de Medellín a comprar unos zapatos y entregarle una encomienda a otra amiga de la comunidad.

Vestida con su hábito negro y largo, que incluía un peto blanco sobre el que prendía una imagen de una custodia que evocaba la hostia consagrada, salió de la casa 68A-105, de la calle 103C, y se subió a una camioneta Ford amarilla de doble cabina y modelo 75, que manejaba Celedonio de Jesús Isaza y en la que también viajaba el primo de la religiosa, Fray Luis Ovidio Cañaveral Velásquez, adscrito a la Congregación de Religiosos Terciarios Capuchinos, encargados de la antigua casa de menores que funcionaba en Machado, Bello.

Una vez realizadas las diligencias y entregada la encomienda en el Hospital San Vicente de Paúl, donde prestaba los oficios la compañera de Sor Carmen, tomaron la calle Barranquilla hacia el occidente, como a las 11:00 de la mañana, pero al pasar frente a la Universidad de Antioquia, el vehículo con sus placas oficiales 0U3510, fue detenido por un grupo de encapuchados, y en medio de gritos y arengas antiimperialistas —según registros de prensa—, sobre el capó del carro, quedó el muñeco que imitaba la figura de George Bush y al que habían prendido fuego los que participaban en la revuelta.

El cura y el conductor del vehículo lograron salir del carro, pero no la monja, que pudo afectarse por el sofoco y las llamas, o quizá se enredó con su hábito. Las llamas envolvieron el carro, que no pudo ser apagado por las unidades antichoque del Ejército apostado en el puente Barranquilla, en la Estación Norte de Permanencia ni en las inmediaciones del Jardín Botánico, que estaban listas para disolver a los manifestantes armados con bombas molotov y piedras, y quienes terminaron participando en el único disturbio universitario ocurrido en Colombia en el que una monja quedó literalmente prendida.

Fue una cosa atroz, dijo doña Altagracia, quien en tono conciliador cuenta que recuerda a la monja como una persona muy querida. A esta voz de vecina agradecida con las atenciones de la Sierva de Madre de Dios, fueron muchas las que se unieron hace 33 años, cuando en grandes titulares se anunció este hecho. “Inútil y estúpido acto de barbarie”, “Extrema crueldad”, “Religiosa pereció inmolada”; y hubo testimonios coléricos, que hicieron parte de las declaraciones de los personajes de la época: el Arzobispo Monseñor Alberto Trujillo, entonces Secretario General del Consejo Episcopal Latinoamericano, Celam; de gobernantes como el alcalde de Medellín José Jaime Nicholls Sánchez-Carnerera, y del gobernador Iván Duque Escobar, presentes también en las honras fúnebres realizadas en la sede de la comunidad religiosa en el sector de Palos Verdes y de donde salieron los restos, solo algunas partes de los huesos de Sor Carmen, para ser enterrados en Campos de Paz.

“Gente de mucha importancia asistió al entierro. Estuve en la velación, donde llegaron grandes personalidades de la época y mucha gente, porque la monjita tenía mucha familia en Betania, su pueblo natal, y en el Eje Cafetero, resume doña Altagracia, al tiempo que insistía en que sí, sí hubo monja, y que ella, como vecina, vive para contarlo”.

En la Cuarta Brigada

La muerte de “Sorprendida”, como empezó a llamarse, ocurrió en un período de la historia universitaria en que fueron comunes las desapariciones y los asesinatos de líderes, estudiantes y profesores, durante el gobierno de Julio César Turbay Ayala.

La gravedad de los hechos, que incluso ocasionó el cierre por varios meses de la Universidad de Antioquia, la presión mediática y del Gobierno y los militares, pusieron en el ojo del huracán a los estudiantes detenidos. La autoría del crimen, atribuida en los corredores a simpatizantes del M-19, fue un tema tratado con incertidumbre, especialmente porque el escepticismo frente a la muerte de la monja por parte de los universitarios se entronizó hasta convertirse en mito.

“El olor a carne quemada hubiera sido muy berraco, ¿no?”, dijo con desparpajo Sara López, mientras evocaba que entonces los tropeles en la de Antioquia eran más con piedra que cualquier cosa y que los revoltosos no usaban armas, como ahora.

Sin embargo, era una época donde imperaba el Estatuto de Seguridad y se juzgaba cualquier indicio de compromiso político como intento de sedición. Por eso cuando Óscar Patiño Jiménez fue involucrado en el caso, su madre tuvo dudas, y especialmente porque “la noche antes de mi detención, le pedí a mi madre que me buscara un frasco vacío para hacer un experimento, y como no había en mi casa, buscó a una vecina para conseguirlo. Eso sirvió para que mi mamá atara cabos y pensara que la botella era para armar una molotov.”

“Los interrogatorios eran precedidos por golpizas y tablazos en los pies. Esto era en el día, porque no había ninguna diligencia. La noche era más difícil porque nos sacaban en calzoncillos, en un carrito militar pequeño estilo Willis y encapuchados, nos llevaban por la Cuarta Brigada de un lugar a otro, hasta unos cuartos, estilo sanitario y cubiertos de icopor, donde un tipo también encapuchado nos torturaba física y psicológicamente. Hablaba en distintos tonos: Óscar Darío, usted es un jefe guerrillero, ya todos sus compañeros lo delataron. Usted es inteligente y no creemos que vaya a pagar esto solo. Como en un juego, se escuchaba tanto de un lado como de otro, e insistía en que yo era el líder, que debía dar nombres y lugares de encuentro de la organización, y que tenía que decirlo todo, o si no me quedaría solo pagando por los hechos.

“Al cuarto día, a las tres de la mañana me llevaron a una oficina de la Cuarta Brigada para hacer la declaratoria con un abogado de oficio, que en realidad era otro militar vestido de civil, y una mujer escribiente que insistía tenía que irse rápido esa noche.

“Yo decía que eso era un montaje, que se necesitaba un pretexto para que la Universidad estuviera cerrada cuando llegara Bush, y que el movimiento estudiantil dio tiro. No sé nada, no conozco a nadie, primera vez que veo a estos muchachos que están aquí conmigo, ¿Sí? ¿Pero ellos lo señalaron a usted?, respondía el militar. Esa vieja me miraba con esa rabia, porque tenía afán... Hasta que dije que no tenía ni alientos para hablar, porque tenía hambre y sed. De una gaveta sacaron una naranja y me la dieron.

Me mantuve en mi posición, ya era muy de madrugada, y al fin los papeles, con copia gracias a la hoja de carbón, salieron de esa máquina de escribir. ‘¡Fírmela!’... Empecé a leer y se desesperaron porque leía lento, entonces les dije: ‘Por qué no me trajeron por la mañana, si ustedes sabían que la diligencia se demoraba’. Hice algunas correcciones y al fin firmé”.

A la firma del documento le siguieron las advertencias de no contar de lo ocurrido en ese cuarto, y la angustia de no poder compartir en el retorno nada con el resto de los compañeros porque ya el miedo de ellos estaba sembrado. Por influencia de un pariente, Óscar recibió uno de esos días en la Cuarta Brigada a un militar de rango. “Me llamó como a las 8:00 de la mañana, un militar muy emperifollado,

muy paternal, habló de mi hermana, de un tío y de otros familiares, aconsejándome que colaborara delatando lo que sabía. Habían hecho inteligencia, y cuando llegamos al Casino me dio pan con café con leche y terminó diciéndome que no fuera bobo, que dijera nombres y saldría. Le dije que tenía que podirme ahí, porque no sabía nada y no conocía a esos muchachos, ni siquiera podía decir si eran estudiantes o no”.

Durante ocho días en los que estuvieron a punta de pan y a veces con un tarro de sopa, e iban a una letrina acompañados por un soldado, los estudiantes no supieron de sus familias, porque la Cuarta Brigada no hizo públicos los nombres de los detenidos. En cambio, vinculó con contundencia a los jóvenes por las pruebas como restos de pólvora y “evidencias”, como las que comprometían a Óscar Patiño Jiménez.

Era el 21 de octubre, el día del paro cívico nacional. El periódico El Tiempo reseñó que “el Gobierno reiteró ayer su llamado a los colombianos para que mantengan la paz, durante el anunciado paro cívico nacional de hoy, al tiempo que se reforzó la vigilancia militar en las principales ciudades y se prohibió el tránsito de motocicletas y automóviles de tránsito libre. El presidente Turbay Ayala dijo que el movimiento tiene carácter subversivo, que las instituciones están amenazadas por fuerzas subversivas compuestas por agitadores internacionales, que no luchan por una causa colombiana sino por una ideología política que proscribire la libertad y busca la dictadura del proletariado”.

“En la mañana nos habían dicho que salíamos; en realidad fue una bomba que nos metieron. En el Casino nos dieron desayuno, fue la mejor comida que tuvimos en ese tiempo, y los soldados que nos habían golpeado empezaron como a disculparse por su ‘trabajo’.

“Fue grotesco... nos sacaron en pleno paro cívico y a la altura de la carrera 65, cerca de Castilla, había encapuchados tirando papas bombas y piedras. Nosotros íbamos mal vestidos y golpeados, con moretones, acostados en un camión, boca abajo y esposados, amarrados uno al otro y a los tubos de la carrocería. Estábamos casi uno encima del otro, pero la gente no nos veía. En ese sector de Caribe hacia Bello caí en la cuenta de que íbamos era para Bellavista. Eso fue muy duro, yo nunca había estado en una cárcel ni de visita, tampoco nadie de mi familia”.

Paradójicamente, Óscar pensó en este trayecto que si las bombas que tiraban al camión militar y que increíblemente se movía muy lento mientras de las protestas tiraban bombas, podría prenderse el camión y ocasionar su muerte, quemado. Al fin pasaron la zona de tropeles, y el carro desvió su recorrido hacia Machado.

En Bellavista

A eso de las dos de tarde, estaban en el cuarto de reseña de la Cárcel Nacional Bellavista, donde pasaron la primera noche. “Un gamín de unos catorce años que me dijo que llevaba cincuenta y pico entradas a la cárcel, como me veía lloroso, me dijo, ‘no se preocupe, esto es bacano..., no te preocupes, a ustedes los pasan para enseguida’”.

Según reseña de la prensa, con Óscar estaban José Jair Bedoya Castro, León Darío Bohórquez, Argemiro Manjarrez, Nicolás Fernando Montes, Orlando Jiménez Osorio, Tulio César Quintero, Juan Guillermo Benjumea, los estudiantes que, de 14 inicialmente detenidos, fueron llevados a juicio. Su llegada a Bellavista causó revuelo porque todos querían ver a “los de la monja”, incluso el director de la cárcel, que llegó a la reseña vestido de pantalón azul y camisa blanca, entró con una mirada particular, anunció que quería conocerlos, los hizo filar y les dio la categoría que nadie quiere recibir en un penal: “ustedes han sido catalogados como de alta peligrosidad”.

El mismo día, en las horas de la tarde, Óscar supo no solo cómo se hace la reseña de los presos, ubicándolos ante una cámara en primer plano y en todas las direcciones con un letrero distintivo. También, sus ojos, llorosos como al hacer este relato, se encontraron con otros: los ojos de alcanfor.

Las bolitas de esa sustancia semisólida cristalina y cerosa con un fuerte y penetrante olor acre, aparecieron en el plato recogido del bongo carcelario, y formaban vetas violáceas y verdosas en el caldo, en el que nadaban papas mal peladas, plátanos con cáscara. El menú fue reforzado, porque también le llegó durante su primer día en la cárcel una cajita amarrada con una pita, y la cual, después de varios llamados y con mucho temor, se decidió a recibir. Al abrir la caja encontró una torta enviada por su familia, en la cual estaba inscrito: feliz cumpleaños.

Era el número 21, un festejo que mojó más sus ojos, ya alterados con la angustia y la visión de los otros ojos, los de alcanfor.

En el patio quinto, Óscar fue recibido por un montón de gente encima, a quienes les gustaron los tenis que llevaba puestos. Armados de puñales y alambres, lo tumbaron y cogieron el botín, que después pretendían devolver a cambio de un “rescate”.

Fue el único susto de ese tipo que sufrió, porque tras la bulla del mismo aparecieron presos vinculados al M-19 que acogieron a quienes habían sido alojados en el patio. “Qué lástima, llegamos tarde para evitar que los atracaran”, fueron parte de

las palabras de bienvenida. Algunos de ellos habían estado comprometidos con las armas del Karina, y llevaban largo tiempo en Bellavista.

“En el segundo piso nos tenían comida, porque usaban fogones de petróleo, de esos provistos con una mecha y una base llena del combustible y con el cual, pese al sabor restante que deja el uso del carburante, era mucho mejor comida que la del bongo.

Con sus nuevas sandalias de distinto color y tamaño, Óscar rápidamente distinguió el entorno de paredes descascaradas; fealdad, suciedad, olor a orina y una zanja que hacía las veces de letrina que obligaba a agacharse para defecar; el olor a marihuana, a bazuca, gente en calzoncillos, sin camisa, con una pantaloneta, medio vestidos.

En este panorama, recibió Óscar una de sus primeras visitas. Su abuelo Paulino, a quien le adjudicó mucha prestancia y quien tuvo once hijos, visitó por primera vez a sus 80 años un penal en su vida, y llegó todo ajado, desprovisto de corbata y elegancia.

“Nos tocó acomodarnos en el hacinamiento de la cárcel. Dormíamos en el piso, con cartones, expuestos a que nos pisara el que se despertara porque el hacinamiento también era permanente como ahora. Las cosas mejoraron con el tiempo gracias a los recursos contribuidos por las familias, la solidaridad del movimiento estudiantil de las universidades que nos visitaba, sindicalistas y grupos de apoyo político, que además de dinero nos traían libros, entre otras cosas”.

Éramos una cofradía porque colectivizábamos lo que nos llevaban, el mercado, las cosas, los libros. Uno de ingeniería cocinaba muy bien. Mi especialidad era un chocolate con canela, y en las tardes hacíamos el algo, y Tulio Héctor Quintero, quien se graduó luego como especialista en Mantenimiento, era el Chef.

La conexión con el preso común, con los estudiantes e incluso con los guerrilleros detenidos se basó en buena parte a través de los cigarrillos. “Era raro, porque yo no fumaba, pero me llevaban paquetes. Llegué a tener una bolsa con un centenar de cigarros; se volvieron útiles porque cuando bajaba al patio cogía una cajetilla y me la echaba a la camisa para entregarla y hacerme a algunos compinches que me contaban historias”.

Era también una forma de moverse con alguna soltura, entre las insinuaciones homosexuales, los gritos y ese ambiente tan grotesco, el agua o el sol que tenían que aguantar los internos cuando los obligaban a estar en el patio. La rutina cambió con la relación con traquetos, policías y guerrilleros internos, y debido a que quienes estaban en Bellavista por su presunta participación en la muerte de la monja fueron ganando confianza, entre otras condiciones.

“Caminar el pasillo, cantando o hablando era el ejercicio. Me entretenía también leyendo, porque tenía hasta una repisa con libros. Pero éramos privilegiados, y considerados, distinguidos como ‘los estudiantes’”.

“En noviembre aún no se sabía nada, y tres de los catorce compañeros detenidos por el caso quedaron en libertad. En la cárcel, donde teníamos un televisor, era una rutina dolorosa y salida de la racionalidad ver al periodista Arturo Abella en el noticiero El Telediario 7 en Punto reiterar el pedido para que ‘condenaran a esos asesinos de la monja en Medellín’.

“El domingo 15 de noviembre, día de visita, nos sacaron del patio, y sin previo aviso salimos de la cárcel para hacer una reconstrucción del crimen. En la puerta de Barranquilla, abogados, personal del Ejército e incluso algunos familiares que se enteraron de nuestra salida estuvieron presenciando la diligencia, la cual demoró cuatro horas.

“Conmigo hubo pelea porque pretendían que me pusiera el trapo rojo, y yo les dije: ‘¿Por qué me lo voy a poner?’. El trapo no me daba para amarrar. Ellos querían que me pusiera la camiseta al revés, que me parara simulando tirar una piedra, tomaban fotos”.

Pero la rutina siguió, y la falta de ejercicio, dijo Óscar, “me despercudí y hasta engordé; de hecho, me quedé hasta sin ropa que ponerme. Porque nosotros cocinábamos, rara vez le dábamos la vuelta al bongo, y cuando tocaba porque estaba escaso el mercado, lo que hacíamos era subir con nuestro plato o coca, sacar lo feo del plato; lavábamos en un tanque, en los baños, todas las papas, jugábamos los plátanos, raspábamos para lograr sacar lo podrido, lo negro, para tener lo mejor y reciclar eso, mezclarlo con otras cosas, en una cocina a la que aportaban internos del M-19, de las Farc, del EPL y del ELN. Realmente, nunca comimos directo de ese bongo”.

Aun así, una virosis llevó a Óscar hasta la enfermería, donde le dijeron que “seguro era producto de la droga que estaba tirando”. Enojado por ello y porque pretendían inyectarlo con una jeringa que ya había sido usada con otros compañeros, se rebeló, y la respuesta fue que su comportamiento era claro: “Es un revoltoso, tenía que ser de la Universidad”.

Ese estado enfermizo se conjugó con la llegada de diciembre, época de festejo en la que por tradición llega gente y se aposta al frente de la cárcel, pone música duro y hace bulla para saludar a sus familiares y amigos privados de la libertad. “Es muy azaroso ver eso desde las ventanas, sentir eso”.

Los guardias cobraban plata y entraban en un coco ron o aguardiente que valía tres veces lo que costaba afuera. Hacíamos colecta para el ron o para la marihuana. Yo

aporté, pero se veía muy mal que yo no tirara vicio o consumiera licor, porque en realidad no lo acostumbro. “Usted es muy zanahorio, me decían los compañeros”.

Pero había que colaborarles, y también a los presos comunes que pedían los restos de desodorante Lander en barra, para rasparlos, mezclarlos con gaseosas y poner a fermentar en una olla que taparon y sellaron con un adobe encima. Todo para despedir el año, aunque al inicio de 1982, muchos de los que había ingerido ese chambelán terminaron en la enfermería.

El 14 de enero, el caso de “Sorprendida” fue reiniciado. Una corte marcial presidida por el General Alirio Panesso Chica reunió en las instalaciones de la Cuarta Brigada a los ocho estudiantes de la Universidad de Antioquia. Una foto de la prensa local registra una fila integrada por los muchachos y la joven estudiante. En la mitad, con los brazos y las piernas cruzadas, se destaca por su altura Óscar, también el único que usa ropa formal, incluyendo una chaqueta que tiene sobre sus piernas. Una mirada suya, que parece impasible, contrasta con otros dos estudiantes, que se tapan el rostro con sus manos.

La escena con una monja que acompañaba a la estudiante Teresita y cuatro soldados que custodiaban se repitió a lo largo de un mes. “Se nos dijo que la pena podría alcanzar hasta 24 años y que se aumentaba otros cuatro porque el crimen se había hecho con el rostro cubierto. Tres personas, incluyéndome, fuimos los señalados como los más responsables, asunto que siempre era tratado a nuestro regreso a Bellavista en la noche, cuando llegábamos para dormir.

“Pensábamos que íbamos a pasar 28 años en la cárcel. Lo más seguro, en otros penales o hasta en la Gorgona, la cárcel de mayor seguridad, que después quitó Belisario Betancur. Así llegó hasta plantearse el suicidio como salida, y la fuga, hacerse matar.

“Todos los días, teníamos que estar muy temprano en el rastrillo o puerta del patio, bañados, porque llegaban los militares por nosotros. Nos volvimos interesantes en Bellavista, porque los presos veían todo lo que significaba nuestra salida diaria: guardia armada para sacarnos, dispositivos de seguridad, y nos metían amarrados en un camión que variaba de ruta, argumentando que éramos todos del mismo grupo guerrillero y que lo más seguro era que afuera estaban pendientes de nosotros para rescatarnos. Era bueno salir, aun así, tirados en ese camión, y contar con la posibilidad de ver otros paisajes, y porque en las horas de almuerzo, nos llevaban al Casino del Militar, donde comíamos de lo mismo que comían los soldados”.

Por primera vez, Óscar sonrío, me mira con ojos brillantes para contarme que mientras almorzaban, y aprovechando que en ese casino vendían a veinte centavos unos panes “muy buenos y cebadores”, los estudiantes empezaron a hacer negocio. “Llevábamos plata, y en la hora del almuerzo comprábamos. En las audiencias de la tarde, estábamos sentados ahí, y al lado la bolsada de

panes, que luego vendíamos en la cárcel. ¡Nosotros esperando 24 años de cárcel y vendiendo panes!”.

Así, hasta el 12 de febrero, cuando se dio inicio a la lectura de la sentencia de la Corte Marcial, en la que Óscar luce más delgado, vestido de pantalón claro y una camisa de puños, abierta hasta el tercer botón; escuchó que algunos no volverían al Consejo de Guerra, sino que serían puestos en manos de la justicia ordinaria, y que a otros se les aplicaría la pena máxima de 24 años de cárcel por infringir el artículo 5.º del Decreto 1923 de 1978. Esta sentencia, como se ratificó al día siguiente, se dictó para Juan Guillermo Benjumea, estudiante entonces de comunicación y el más veterano de los implicados, y a Nicolás Fernando Montes Zuluaga, de medicina.

Al resto del grupo, que quedó en manos de la justicia ordinaria en cabeza de la Segunda Estación de Policía, se les culpó de violación del Estatuto de Seguridad al alterar el orden público, y les y dictaron penas de uno a 80 días.

“Creo que fue un martes cuando gritaron ‘Ese Patiño, se alista para salir en el tren de las tres o de las cinco’, me entregaron la notificación de que esa tarde salía. Yo no tenía nada para alistar, lo único era que había comprado una grabadora que había sido robada allá, para escuchar casetes, y se la dejé a un compañero que la necesitaba.

“Así me quedé en la calle de buenas a primera, porque nadie sabía que yo iba a salir, tampoco yo. Me abrieron las rejas y resulté en esa calle de La Gabriela, en Machado. Las rejas se cerraron detrás de mí, eran las 3:30 de la tarde”. Óscar, acostumbrado a andar, empezó a hacerlo, y desde una tienda que encontró en el camino llamó a su casa. La emoción de ese momento vuelve con el llanto para contar la alegría de su familia y de muchos conocidos del barrio El Rosario de Bello, donde residía.

De su casa, a los pocos días volvió a salir para Bellavista, esta vez para visitar a los compañeros que habían quedado presos. “No se sabía que era más duro, si cuando entramos inicialmente o después de estar siete meses ahí, añorando salir, tener que volver a visitar a los muchachos”, los mismo que salieron en libertad en diciembre de 1982 gracias al indulto que promovió el Presidente Belisario Betancur Cuartas y que fue sancionada como Ley 35 de 1982, otorgando el perdón y olvido, automática e incondicionalmente, para todos los alzados en armas, y la cesación de todo procedimiento judicial con la consecuente libertad inmediata para todos los presos político.

“Fue una experiencia de vivir para contarla, como decía Gabriel García Márquez. Es muy duro, más cuando uno sabe que no tiene velas en el entierro”. Una historia inscrita que hizo parte del más sonado de los 52 consejos de guerra realizados en la Cuarta Brigada en 1981, discutida por abogados, polémica y, como el alcanfor, irritante para la memoria universitaria.